

2. El escenario internacional y sus efectos sobre la estructura de las explotaciones y de los hogares agrícolas

por Miren ETXEZARRETA y Lourdes VILADOMIU

RESUMEN

Este documento examina el entorno global de la explotación agraria desde una perspectiva internacional, analizando las transformaciones que, desde la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, se han producido en el sector agrario y los aspectos internacionales que lo han afectado.

En los primeros años de posguerra hubo grandes cambios en las relaciones entre el mundo desarrollado y las antiguas colonias, en tanto que la innovación tecnológica y el consiguiente aumento de la producción por parte de los principales productores del mundo desarrollado se veían favorecidos por unas atractivas políticas de garantía de precios. Con la modernización y el incremento de la producción de los años cincuenta y sesenta se intensificó la competencia por los mercados mundiales, y la explotación familiar se integró en un contexto internacional dominado por la gran agroindustria multinacional. En los años setenta, el escenario se caracterizaba por precios elevados y nuevos mercados; el principal importador, Estados Unidos, percibía rentas agrarias crecientes y contaba con grandes expectativas. La modernización de Europa y la capitalización de la agricultura contribuían al aumento de los niveles de producción, al mismo tiempo que se reducía la mano de obra. El clima económico general y la falta de oportunidades de empleo

alternativos estimularon el desarrollo inicial de actividades para-agrarias y reforzaron la tendencia al establecimiento de una estructura dual del sector.

En los años ochenta, los problemas de los excedentes, las pautas de estancamiento del consumo, la decreciente capacidad importadora de muchos países, las medidas antiinflacionistas y el alejamiento de la política de ayudas públicas a la agricultura culminaron con una crisis agraria en Estados Unidos y con la aparición de graves problemas en los países de Europa Occidental. Los precios agrarios bajaron y a ello siguieron las situaciones de insolvencia y la pérdida del valor del suelo. Se favoreció así la tendencia a la concentración de la producción, la mayor vinculación de las explotaciones con la industria agraria y el avance hacia la eficiencia productiva con la reducción consiguiente del número de unidades operativas: en suma, un futuro con una estructura dual claramente instalada. La importancia de las pequeñas explotaciones se reducía a su valor desde el punto de vista del empleo o de las consideraciones sociales, dejándose la producción importante a las unidades grandes.

1. EL DESARROLLO DE LA AGRICULTURA MODERNA

La Segunda Guerra Mundial fue decisiva para la configuración de la agricultura mundial actual. Dio lugar a un cambio de tendencia en la división internacional del trabajo en lo que respecta a la actividad agraria. Las colonias y las áreas de influencia de las metrópolis mundiales, que hasta entonces habían sido los grandes proveedores para el sector primario de los países desarrollados, empezaron a perder importancia en relación con los nuevos productores agrarios, debido a las dificultades derivadas de la guerra —tanto en el proceso de producción como, sobre todo, en el transporte—, pero tam-

bién a la incertidumbre suscitada por los movimientos anticolonialistas y de independencia nacional de los países del Tercer Mundo. Estos factores y un contexto generalizado de escasez provocaron que el sistema productivo agrario de los países ricos incorporase con rapidez las innovaciones tecnológicas y se concedieran importantes ayudas públicas al sector.

Como consecuencia, se aceleró considerablemente el proceso de modernización de la agricultura en los países desarrollados. A su vez, dado que la modernización se basaba en la tecnología y en nuevos procesos aportados por el sector industrial, se intensificó la interrelación entre la agricultura y la industria, por un lado, y en el entorno económico, por otro, y cambió de forma importante el contenido y forma de esa relación.

En los países desarrollados, la modernización agraria se basó estructuralmente en la explotación familiar, si bien hubo un proceso de creciente diferenciación entre las propias explotaciones. De hecho, el proceso de modernización se caracterizó por la integración gradual de las explotaciones en un sistema que estaba promovido por quienes les aportaban los inputs y quienes les compraban los productos, tratándose en la mayoría de los casos de grandes empresas agroindustriales. Estas últimas no emprendieron en ningún lugar una política de compra masiva de tierras y en teoría la legislación siguió favoreciendo el mantenimiento de las explotaciones familiares como unidades básicas de la producción del sector agrario (1). El proceso y las consecuencias de esta modernización de la agricultura y su integración en la agroindustria son bien conocidas y, por tanto, no las examinaremos aquí.

El progreso de este nuevo modelo de organización agraria es la causa de la consolidación de los grandes productores de la agricultura mundial actual. El caso de Estados Unidos es

(1) Como ejemplos podemos mencionar los límites establecidos en muchos estados agrarios de Estados Unidos respecto a la superficie máxima de las empresas agroindustriales, o las normas dictadas en Europa sobre las explotaciones agrarias.

paradigmático. En la Segunda Guerra Mundial y en la posguerra, el país quedó aislado de sus proveedores asiáticos y, a su vez, perdió la posibilidad de exportar grandes cantidades de productos agrarios. En consecuencia, se favoreció la modernización para obtener un rápido crecimiento de la producción, que al principio iba fundamentalmente dirigido a cubrir las necesidades del mercado interior.

No obstante, este incremento de la oferta se encontró con una demanda interior cada vez más rígida, que forzó a buscar los medios para incrementar las exportaciones. En un principio, éstas fueron consideradas simplemente ocasionales y consecuencia de la guerra. Más aún, en el contexto de la política agraria de entonces exigían importantes subvenciones, ya que los precios del mercado mundial eran sustancialmente inferiores a los precios internos. Las exportaciones fueron consideradas así como un remedio para un problema ocasional.

En los años sesenta tuvo lugar un cambio importante en la política agraria de Estados Unidos. Varios factores se concitaron para ello: el rápido crecimiento de las existencias, el incremento de los fondos necesarios para subvencionar las exportaciones y el peligro de una caída de los precios mundiales de algunos productos (2). La reestructuración tuvo lugar en 1962 a través de la adopción de una ley que redujo los precios garantizados de los principales productos agrarios de Estados Unidos a niveles análogos a los del mercado mundial. Los productos nacionales podían exportarse sin subvenciones sustanciales y se consolidaba la tendencia a un incremento de las exportaciones. La modernización agraria convirtió a Estados Unidos en el productor y exportador agrario más importante del mundo.

(2) El desequilibrio estuvo claro a lo largo de los años cincuenta y se trató de solucionar el problema actuando en dos direcciones: incrementando la demanda mundial a través de lo previsto en la ley pública 480 (1954) y disminuyendo la oferta, a través de la creación del Soil Bank (1956). Estas líneas de actuación resultaron ser insuficientes para contrarrestar el crecimiento.

Durante las primeras décadas de posguerra, Estados Unidos dirigió sus esfuerzos de exportación al mercado europeo y en menor medida al japonés. Se trataba de los únicos países no autosuficientes que ofrecían posibilidades de futuro y que se comportaban como mercados solventes. Aunque los países en desarrollo mostraban un rápido incremento de la demanda interna, debido a la gran elasticidad renta de los alimentos, sus importaciones se veían limitadas por la falta de recursos. Tales limitaciones sólo podían superarse a través de programas de ayuda y cooperación, que venían a marcar así los límites de absorción de los excedentes de Estados Unidos por parte de los citados países. En suma, las exportaciones norteamericanas quedaron reducidas a un mercado limitado, situación que desde los años sesenta provocó tensiones que se manifestaban en disputas periódicas por los mercados, principalmente entre Estados Unidos y la CEE.

En cualquier caso esta situación no tuvo una influencia decisiva en el diseño de la vertiente externa de la PAC. Esquemáticamente, podemos considerar que ésta quedó definida, por una parte, por los acuerdos alcanzados en la Ronda Dillon del GATT, en virtud de los cuales Estados Unidos conseguía la libre entrada del algodón, el aceite de soja y las semillas oleaginosas y, por otra, por el mecanismo de las exacciones reguladoras a la importación procedente de países no comunitarios (el caso de los cereales fue particularmente controvertido) y por la posibilidad de concesión de restituciones a la exportación.

En los primeros años de funcionamiento de la CEE, los enfrentamientos se suavizaron por el importante incremento del consumo de carne, que forzó a importar grandes cantidades de cereales y soja de Estados Unidos. Por otra parte, la creación de la CEE implicó una relajación de los compromisos que los Estados miembros tenían con sus ex colonias, y dejó el mercado abierto para el nuevo y poderoso proveedor agrario.

Dentro de la Comunidad, la modernización agraria produjo un incremento de la producción, que se vio asimismo estimulada por los atractivos precios garantizados de la PAC.

Las dos primeras décadas de la posguerra se caracterizaron, pues, por un enorme incremento de la producción agraria de los países desarrollados. El comportamiento excepcional de las exportaciones de Estados Unidos consolidó a este país como la principal potencia exportadora mundial. A su vez, el importador más importante (la CEE) presentaba un fuerte incremento de su demanda interna, que se atendía mediante compras en los mercados mundiales y con un rápido incremento de la oferta interior estimulado por la política de modernización agraria.

El aumento de la producción de los países desarrollados implicó que los países en desarrollo, exportadores tradicionales, perdieran gradualmente importancia como proveedores de cereales, leguminosas y semillas oleaginosas, viesen cómo se limitaba su presencia en los mercados mundiales a productos tropicales y exóticos. Tuvieron que modificar progresivamente la composición de su producción y reducir la importancia de los productos básicos, con muy graves consecuencias para su capacidad de satisfacer las necesidades internas de alimentación.

En ese período, los precios de los principales productos agrarios mostraban una tendencia a la baja, debido tanto a los efectos del incremento de la productividad provocado por el progreso tecnológico como al aumento de la oferta, que a menudo no iba acompañada de un aumento de la demanda del mismo nivel. Tal evolución indicaba una clara tendencia a un exceso de capacidad productiva agraria. Sin embargo, los primeros años de la década siguiente no anunciaban esta tendencia.

2. LA DÉCADA DE LOS SETENTA

Los primeros años de la década de los setenta representaron otro hito en el desarrollo reciente de la agricultura mun-

dial. Es sabido que en 1972-73 hubo un importante aumento de los precios agrarios en los mercados mundiales, que dio lugar a un cambio importante de las expectativas sobre la agricultura mundial. Mucho se ha escrito sobre las razones que condujeron a esa situación: «El efecto conjugado, en los años setenta, de todas esas fuerzas apuntaba a una misma dirección. Como todos sabemos, la magnitud del incremento de los productos agrarios reales y del precio de los alimentos en 1972-73 sorprendió a todos, incluso a las personas mejor informadas en el sector público y privado. La evolución hacia los tipos de cambio flexibles, la rápida expansión de los mercados internacionales, la aparición de un mercado internacional de capitales bien integrado y las menguantes barreras entre la economía agraria y otros sectores económicos nacionales dieron lugar a transformaciones significativas... Estas fuerzas sistemáticas (política monetaria de los países desarrollados) adoptaron variadas formas: depreciación constante del dólar en los mercados internacionales de divisas; existencia de barreras al comercio que aislaban a muchos países de los precios internacionales; crecimiento de la demanda exportadora en una serie de países en desarrollo; intento de los países industrializados y comunistas de mejorar o perfeccionar la dieta de su población consumidora, y bajo nivel de existencias a nivel mundial, debido en parte a la eliminación de los enormes excedentes que se habían acumulado durante los sesenta en Estados Unidos» (3).

Para la agricultura de Estados Unidos, la década de los setenta se caracterizó por el crecimiento de las exportaciones y la expansión de los clientes. Los precios mundiales permanecían altos, pero la caída del dólar hacía que sus exportaciones fueran extremadamente competitivas. A las compras europeas se añadían las de los países en desarrollo, que ahora contaban con abundante financiación externa procedente de

(3) Rauser, G. C., y cols. (1986), en Carter, H. O. (dir. ed.) (1986), pág. 92.

los ingresos de petróleo, y de los países socialistas del Este. Debe recordarse que, en esos años, países como México, que anteriormente habían sido exportadores de productos agrarios básicos, se convirtieron en destacados importadores.

El incremento de los precios mundiales dio lugar a una gran mejora de las rentas agrarias, especialmente en Estados Unidos, a prometedoras expectativas y a un mayor apoyo institucional al sector. En resumen, supuso otro paso adelante en la creciente capitalización e intensificación de la agricultura. Esta coyuntura favorable continuó prácticamente hasta al década de los ochenta.

Un panorama similar se puede observar en la agricultura europea. La Comunidad proseguía con su política de incremento de la producción, mejora de la eficiencia y fomento de la modernización, estimulada por una PAC que mantenía los precios considerablemente más altos que los del mercado mundial. No obstante, al final de los setenta algunos análisis de la agricultura francesa empezaron a identificar graves problemas económicos entre explotaciones familiares, señalando el inicio de lo que se ha denominado «la crisis de la agricultura moderna», que se intensificaría en los años ochenta.

Además, en el transcurso de la década de los setenta el aumento de la oferta de algunos productos amparados por la PAC dio lugar a un incremento de los reintegros a la exportación y, en consecuencia, de las necesidades presupuestarias del FEOGA. A la vez, las medidas antiinflacionistas implantadas por los gobiernos europeos provocaron una congelación de los precios agrarios y el consiguiente empeoramiento de su relación con los costes de producción, que a su vez aumentaban, debido al incremento de los precios de la energía y de los tipos de interés. Tal proceso tuvo efectos negativos sobre las rentas agrarias, pero, enfrentadas al mismo, los agricultores reaccionaron, reforzando la intensificación de la capitalización y modernización de sus explotaciones.

Debe señalarse que durante todo este proceso de creciente eficiencia productiva los agricultores se endeudaron pro-

fundamente. En Estados Unidos, animados por las buenas perspectivas para la agricultura y por los elevados precios de la tierra, los agricultores confiaron en la financiación externa para llevar a cabo la expansión y mejora de su capacidad productiva. En Europa, además de pedir prestado lo necesario para la expansión en los períodos más favorables, cuando empezó a detectarse la tendencia a la disminución de las rentas se endeudaron, en una especie de «salto hacia adelante», para intentar mantener su posición. En conjunto, el endeudamiento del sector creció considerablemente.

En los años setenta intervino además otro elemento, fundamentalmente ajeno al sector agrario, que tuvo importantes repercusiones en éste. Nos estamos refiriendo a los cambios radicales que experimentó el mercado de trabajo. Con la crisis económica, se hicieron frecuentes en todos los países desarrollados unas altas tasas de desempleo. A los trabajadores agrícolas despedidos debido al proceso de modernización les resultaba así muy difícil encontrar un trabajo alternativo. Apareció el desempleo agrícola en zonas en las que había altas cuotas de trabajadores agrarios, fenómeno que en los años setenta había desaparecido prácticamente con la emigración. Por otra parte, en las explotaciones familiares se procuraba garantizar empleo a un número mayor de sus miembros, mediante la adopción de estrategias que permitían una mayor utilización de la mano de obra disponible. Las familias dedicadas a la agricultura se enfrentaban a la necesidad de desarrollar nuevas actividades agrarias, con el consiguiente desarrollo de la pluriactividad. La modernización permanente de algunas explotaciones y la necesidad de los miembros de la familia de otras, especialmente de los menos dotados para seguir en el sector, reforzaron significativamente la tendencia a la estructura dual del sector, que se intensificaría en los años ochenta.

Para los países en desarrollo, los años setenta fueron un período de progreso significativo hacia la modernización agraria, sobre la base del modelo de los países más avanzados.

También las pautas de consumo se asemejaron en ellos cada vez más a las de los países occidentales desarrollados, sobre todo entre las clases medias. Sin embargo, la mayor producción y la nueva composición de la producción resultante de la modernización no resultaron suficientes para cubrir las nuevas demandas, que les forzaron a importar grandes cantidades de productos agrarios.

Para los países menos desarrollados, los años setenta fueron un período de grave escasez de alimentos. Hubo un constante empeoramiento de la relación entre los precios de las importaciones y de las exportaciones, y una crisis creciente en la producción dedicada al consumo interno, lo que finalmente llevó al hambre.

En conjunto, en los años setenta se consolidó la nueva división internacional del trabajo en el sector agrario. A finales de la década se apreciaba claramente que los países centrales desarrollados se habían convertido en los principales exportadores de productos primarios básicos, debido principalmente a la demanda de los países en desarrollo y semiperiféricos para atender las necesidades generadas por las nuevas pautas de consumo basadas en los modelos occidentales avanzados. Los proveedores tradicionales de productos agrarios básicos antes de la Segunda Guerra Mundial habían sido desplazados del mercado por competidores más poderosos y se veían forzados a la exportación de productos tropicales y fuera de temporada, intensivos en mano de obra, energía y agua, con destino a los mercados de los países centrales.

3. LA CRISIS AGRARIA Y LA SITUACIÓN ACTUAL

A principios de los años ochenta, todas las fuerzas que habían causado la prosperidad de la agricultura en los setenta invirtieron su tendencia. La situación de los mercados agrarios mundiales se alteró considerablemente. Hubo una importante reducción de la demanda de productos primarios

y una importante caída de los precios agrarios mundiales, debido a diversos factores: el impacto de la crisis económica sobre el consumo; las medidas de política macroeconómica adoptadas para adecuarse a la crisis, en especial las medidas antiinflacionistas y por encima de todo la política neoliberal de Estados Unidos, que redujo la ayuda del sector público a la agricultura y a determinado tipo de consumo que afectaban a la demanda interna; el endeudamiento de los países del Tercer Mundo, y el incremento de la producción agraria destinada a la exportación en algunos países. Esta situación fue la causa de la grave crisis agraria de Estados Unidos y de los crecientes excedentes y del coste de su mantenimiento en los países de Europa Occidental, pues, al mismo tiempo que la producción continuaba creciendo, los excedentes se acumulaban y el coste de la ayuda se consideraba cada vez más excesivo. «Al iniciarse la segunda mitad de los años ochenta, la agricultura seguía enfrentándose a un exceso de capacidad productiva, una contracción de los mercados externos y una grave crisis de créditos de financiación» (4).

La crisis financiera tuvo consecuencias particularmente graves. Incapaces de satisfacer sus compromisos financieros debido a la creciente reducción de los precios, muchos agricultores se vieron forzados a declararse en quiebra y a liquidar sus explotaciones. Los que consiguieron resistir sufrieron una elevada depreciación de sus tierras y de otros activos productivos, que dificultaba la obtención de nuevos créditos. «Los activos agrarios valen actualmente 600.000 millones de dólares —y podrían bajar a 500.000 millones—, frente al billón de dólares de hace unos años» (5). Bancos, compañías de seguros y empresas proveedoras de *inputs* agrarios empezaron a hacerse con la titularidad de explotaciones agrarias en quiebra.

(4) Rauser, G. C., y cols. (1986), en Carter, H. O. (dir. ed.) (1986), pág. 93.

(5) Carter, H. O. (dir. ed.) (1986), pág. 7, véase un análisis más detallado y concluyente de estos aspectos en «Agriculture in Question», n.º 9, *L'Agriculture et la politique agricole des Etats Unis. Cahiers du CNEEJA* (1986).

En teoría, este proceso podría interpretarse como un supuesto de aceleración del mecanismo de desaparición de explotaciones agrarias que implica cualquier proceso de modernización. No obstante, la situación actual parece evolucionar de forma diferente y ello podría afectar gravemente la estructura del sector. Parece que, por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, los cimientos de la agricultura modernizada basada en la familia podrían estar en peligro.

Las quiebras actuales de gran número de explotaciones no están beneficiando a las que subsisten. También éstas han sufrido los efectos negativos de la pérdida de valor de sus activos. Son las empresas agroindustriales y las instituciones financieras las que se benefician, puesto que son las que pueden adquirir las tierras devaluadas que no encuentran comprador. Les resultaría relativamente fácil renovar el actual modelo de producción agraria no basado en la explotación familiar. Estas empresas modernas pueden aprovecharse plenamente de las economías de escala y con una reducida mano de obra asalariada pueden convertirse en los nuevos centros de producción que reemplacen progresivamente a las explotaciones que se debaten entre dificultades constantes. Los analistas se muestran unánimes sobre esta tendencia a la concentración. «En el año 2000, las grandes explotaciones agrarias representarán un 85 por 100 del total de ventas correspondientes a las explotaciones, frente a más de un 50 por 100 en la actualidad. La participación de las pequeñas explotaciones en las ventas descenderá a menos de un 5 por 100, frente al 25 por 100 de ahora.» «Cuando la actual reestructuración financiera haya llegado a su fin dentro de unos años, habremos perdido o reorganizado a una tercera parte de los 700.000 agricultores englobados en explotaciones familiares de hace dos o tres años» (6). Aún más: la respuesta actual de la Administración estadounidense a esta situación está influi-

(6) Carter, H. O. (dir. ed.), pág. 3; Schnittker, J. A. (1986), en Carter, H. O. (dir. ed.) (1986), pág. 18.

da por su política económica general. Esta transcurre por dos líneas principales: filosofía de ayuda e intervención pública reducidas, de supervivencia de los más aptos, que deja en manos de las fuerzas del mercado el control de la distribución de los recursos, y apremiante necesidad de limitar el déficit presupuestario. Ninguno de los dos aspectos propicia un incremento de la ayuda a la agricultura (7). A escala federal, la solución, recogida en la ley de garantía del abastecimiento alimentario de 1985, ha consistido en reducir las medidas de sostenimiento de los precios, junto con una reducción de la producción y un empuje de las exportaciones. Para lograr esto último ha habido que reducir los precios. Esta tendencia sólo sirve para cerrar el círculo, pues la caída de los precios es lo que ha provocado la quiebra de las explotaciones agrarias de Estados Unidos.

La evaluación de los efectos probables de estas medidas dista mucho de ser homogénea. Para algunos autores, «hay esperanzas de que empiecen a remitir los actuales excedentes de capacidad en el sector agrario de Estados Unidos...» (8), lo cual, obviamente, tendría consecuencias positivas sobre la reducción del exceso de oferta de los mercados mundiales. Se considera asimismo que la disminución del valor de los activos y de los precios del suelo en Estados Unidos ha tocado fondo, y que esto ayudará a la recuperación de los agricultores supervivientes. A su vez, la caída de los tipos de interés y de los precios del petróleo también son factores importantes en la disminución de los costes y en la recuperación de los márgenes netos sin que resulte afectada la producción. Otros, por el contrario (9), creen que las exportaciones no pueden aumentar sustancialmente, debido al desarrollo de la produc-

(7) Aunque en la Ley de garantía del abastecimiento alimentario de 1985 se prevé un incremento del coste de mantenimiento de la agricultura, se cree que en adelante se reducirá radicalmente.

(8) Rauser, G. C., y cols. (1986), en Carter, H. O. (dir. ed.) (1986), pág. 98.

(9) Véase el artículo de Schnittker citado en la nota 6.

ción agraria y al crecimiento económico mundial, y que las reducciones en la producción no son fáciles de lograr, en particular porque los avances tecnológicos, sobre todo en la biotecnología, van dirigidos a lo contrario, incluso con la reducción de la superficie cultivada o del censo de cabezas de ganado. En cualquier caso, en lo que coinciden todos los autores es que, en el futuro, las explotaciones agrarias con unos niveles de producción significativos serán menos numerosas y tendrán mayor capacidad productiva, y resulta impensable que, en condiciones normales, se produzcan incrementos inminentes de los precios agrarios.

A la luz de este desarrollo, cabe preguntar quiénes serán los nuevos importadores de los productos agrarios de Estados Unidos.

La respuesta no es fácil. Los países europeos se enfrentan a excedentes crecientes en algunos sectores importantes de la producción, lo que les lleva a hacer esfuerzos constantes por incrementar sus exportaciones. Por otra parte, el progreso técnico en la industria alimentaria favorece la versatilidad de los productos agrarios y su utilización en un número cada vez más amplio de sectores. En consecuencia, hay más posibilidades de que se consiga la autosuficiencia en diferentes partes del mundo. Por su parte, salvo raras excepciones, las posibilidades de importación de los países en desarrollo están limitadas por su grave problema de deuda externa. En los países productores de petróleo con una población numerosa, la situación no es más favorable. La reducción de los ingresos procedentes del petróleo está afectando seriamente su capacidad de importación. Entre tanto, los países socialistas están avanzando hacia una reforma de su sistema productivo que parece dar resultados positivos en cuanto al incremento de la producción.

Por lo demás, muchos países en desarrollo no sólo se ven incapaces de importar, sino que además intentan maximizar sus exportaciones para obtener divisas con las que atender los compromisos de la deuda externa. Es lo que sucede con Bra-

sil y Argentina, cuyo empuje exportador en el terreno agrario es sobradamente conocido desde hace más de una década. América Latina se ha visto obligada a dedicar su producción agraria a la exportación, a pesar de que sus necesidades alimenticias están lejos de estar satisfechas. Por último, los países más pobres, sumidos en una crisis alimenticia que se está convirtiendo en estructural, e incapaces de comprar en los mercados mundiales, se encuentran cada vez más a merced de los efectos de la ayuda alimentaria, que se demuestra paulatinamente cómo va en detrimento de los intereses a medio y largo plazo de los propios países receptores.

La competencia en los mercados mundiales empeora cada día y está provocando un serio conflicto, especialmente abierto en los casos de Estados Unidos, Australia y la CEE, es decir, entre los países con los sistemas agrarios más poderosos del mundo.

En este contexto, la política agrícola de la Europa Occidental, tal como se manifiesta en la CEE, está obligada a avanzar en el camino de su reforma. La presión de Estados Unidos, el desacuerdo entre los Estados miembros y el descontento en los sectores de la agricultura nacional afectan, sin embargo, a la orientación de tal reforma. Éste se considera urgente e inevitable, pero nadie se muestra dispuesto a afrontar los costes políticos.

El objetivo más claro de la reforma consiste en reducir el coste de la ayuda a la agricultura, por lo cual se tiende a reducir los precios garantizados y a establecer disposiciones que limiten directamente la producción. Resulta difícil de implantar y progresa lentamente. Al mismo tiempo, nadie duda de que los mercados agrarios europeos tienen cada vez más excedentes, ni de que las nuevas tecnologías aplicadas a la industria alimentaria darán lugar a una reducción del componente agrario de sus productos.

Los agricultores europeos se enfrentan con un deterioro de sus rentas reales, con dificultades crecientes para atender sus compromisos financieros y con un número cada vez

mayor de disposiciones que controlan su actividad. La competencia en los mercados es cada vez más agresiva y la demanda interna muestra una inestabilidad creciente. Además, los grupos sociales de menores ingresos, que gastan en alimentación una mayor proporción de sus rentas, son los más afectados por el desempleo y por la pérdida de poder adquisitivo.

Añádase a esto que una disminución de los precios agrarios a nivel de la explotación no siempre implica una reducción en los precios de los alimentos. A medida que se incrementa el tratamiento de los productos agrarios, efectuado normalmente por grandes empresas transnacionales con una estructura oligopolística dedicada a la producción con marca de fábrica, lo probable es precisamente que se dé una disminución de los precios agrarios a nivel de las explotaciones y un incremento importante del precio final de los productos.

4. A MODO DE SUMARIO

En los últimos cuarenta años, las explotaciones agrarias han efectuado un importante esfuerzo de modernización que ha dado lugar al desarrollo de medios nuevos y más intensos de articulación de las mismas con su entorno económico y de integración en los mercados mundiales. La modernización ha roto la estabilidad de la agricultura tradicional, y la agricultura actual está inmersa en una red tejida por las empresas agroindustriales y condicionada por la dinámica de la economía en conjunto y de la política agrícola.

La crisis económica y la reestructuración del sistema de producción del mundo occidental han llevado a la adopción de medidas económicas para la redistribución de los costes del ajuste. En el sector agrario, la consecuencia ha sido, y sigue siéndolo, un debilitamiento de la ayuda estatal o, al menos, un importante cambio operativo de la misma.

Como resultado, disminuyen los recursos dedicados a la agricultura (tierra, capital y personas) y se opera una profun-

da reestructuración del sector. El problema radica en descubrir hasta qué punto este progreso implicará un cambio radical del modelo secular de organización de la agricultura, es decir, la explotación familiar. En teoría se habla mucho en defensa de este modelo, pero la dinámica del sistema parece seguir otro camino. De momento, la crisis agraria de Estados Unidos muestra un gran nivel de bajas, aunque todavía no resulte posible evaluar hasta qué punto están surgiendo nuevas formas de organización y en qué medida éstas se enfrentan en abierta contradicción con el sistema de explotación familiar. Por otra parte, un cambio tan amplio requerirá en cualquier caso muchos años y no será lineal, sino que estará sometido a muchas variables sociales, económicas y políticas.

Ahora bien, cualesquiera que sean las características futuras de las explotaciones agrarias, el contexto de los mercados agrarios para los próximos años está claro. Aun cuando los ajustes de la producción agraria intentados en Estados Unidos, en la CEE y en otros importantes países productores tuvieran éxito y consiguieran equilibrar a largo plazo la oferta y la demanda mundiales, a corto plazo la tendencia que se prevé es de disminución de los precios agrarios, exceso de oferta y limitación de la producción, todo ello acompañado de una creciente necesidad de eficiencia productiva para que las explotaciones puedan mantener su competitividad.

Éste parece ser el contexto en el que se desenvolverá la agricultura de los países desarrollados. Pone de manifiesto la necesidad de una profundización constante del proceso de acumulación, que conduce a que cada vez haya más empresas agrarias de gran tamaño. Por otra parte, la imposibilidad de los agricultores más débiles de dejar el sector les empujará a reforzar todas las actividades generadoras de ingresos que sean capaces de realizar. La estructura dual del sector parece, pues, claramente asentada. Los elementos del marco de actuación para un futuro próximo están ya delimitados: grandes explotaciones, importantes en lo que atañe a la producción; pequeñas explotaciones, importantes desde el punto de

vista del empleo y del cumplimiento de otros fines sociales; precios agrarios bajos; exceso de oferta y límites a la producción.

5. ADVERTENCIA

Aunque resulte obvio, nos gustaría insistir en que lo expuesto hasta aquí respecto a la evolución posible del sector se refiere únicamente al panorama que puede obtenerse a partir del análisis de la situación y de la evolución de los factores internacionales influyentes. Ahora bien, por importantes que sean, estos factores no son los únicos y es evidente que otros elementos pueden provocar cambios significativos en la línea de los sugeridos por el anterior. Consideramos que estos otros elementos son tratados en otras ponencias y que del estudio de todas ellas en conjunto será posible establecer una hipótesis más precisa sobre las posibles líneas de evolución del mundo agrario y del entorno rural.